

YO SOY EL BUEN PASTOR. EL BUEN PASTOR DA SU VIDA POR LAS OVEJAS

Jesús es nuestro Maestro, así le consideraban con gran respeto sus discípulos y todo aquel que se acercaba a escucharle. Nos muestra con sus palabras y con su vida cómo hemos de vivir para ser buenos hijos de Dios, ser felices aquí en la tierra y lograr la vida eterna, el cielo.

Como buen maestro nos hablaba tantas veces contando ejemplos de la vida corriente, historias o anécdotas con el fin de entender mejor aquellas verdades que nos quería mostrar, a veces muy profundas y, por ser espirituales, difíciles de entender. Son las llamadas parábolas. Recordarás seguro la parábola del hijo pródigo, del buen samaritano, de la oveja perdida, del grano de trigo, de los viñadores homicidas... Incluso Él se nos mostró como parábola viva cuando lavó los pies a los apóstoles, haciéndonos ver qué es amar: servir a los demás; y que así debíamos comportarnos nosotros unos con otros.

Pues el evangelio de hoy hace referencia al Buen Pastor. Ese pastor que cuida de cada una de las ovejas: le interesas tú personalmente, ¡te quiere a ti!, me quiere a mí, a cada uno. Y de una manera infinita, inmensa, grande, como solo Dios puede amar. Da la vida por sus ovejas, y una por una... (ya lo hemos recordado en Semana Santa, viendo a Jesús morir por nosotros en la Cruz). Las conduce a buenos pastos, las da el alimento necesario de su Palabra y de su Cuerpo (a través de la oración y la Santa Misa). Hoy nos recuerda incluso que ÉL es el que nos abre la puerta del aprisco, del lugar donde pueden descansar las ovejas, para reponer las fuerzas, alimentarse y estar seguras.

Estando con Jesús, estamos seguros, vencemos mejor las tentaciones de pereza, de egoísmo, de envidia, de cualquier tipo que podamos tener. Pero para conseguir eso hemos de estar dentro del rebaño, no hacer como la oveja que se perdió: fue a lo suyo, no quiso saber nada de Jesús, del Buen pastor.

Y así le fue: con peligro de que le comieran los lobos, de despeñarse en algún barranco: ¡por tonta! Pero, a pesar de todo Jesús la buscó. Jesús nos busca. Nunca podemos considerarnos perdidos: siempre tenemos el gran remedio de la confesión (ahora, hasta que termine el confinamiento, como ya vimos: a través de los actos de contrición con el propósito de confesarnos cuanto antes podamos).

Además, hemos de considerar dos cosas: la primera, que estar con Jesús en el rebaño es gozar con las cosas buenas que Él nos ofrece: ser buena persona, esforzarnos por portarnos bien, luchar por ser buenas hijas de Dios, haciendo lo que Jesús nos pide, nos da alegría, nos hace felices. Lo tienes bien experimentado. Es lo que decía San Josemaría:

“Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado”.

Y además (la segunda cosa) conocer más a Jesús y procurar vivir como Él vivió nos da seguridad, paz, hace que hagamos bien a nuestro alrededor, como Él hizo durante su vida en la tierra. Se puede cumplir en nuestra vida lo que también nos decía San Josemaría en el primer punto de Camino:

“Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores

impuros del odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”.

A eso se refería el papa Francisco cuando, estando en Polonia en la JMJ, nos hablaba de ser generosos, de no dejarnos llevar por esa parálisis del egoísmo. Nos alertaba de uno de los peores males que se nos puede meter en la vida, especialmente en la juventud. Y nos decía que esa parálisis del egoísmo, del ir a lo nuestro, que ***“nos va haciendo perder el encanto de disfrutar del encuentro, de la amistad; el encanto de soñar juntos, de caminar con otros. Nos aleja de los otros, nos impide dar la mano”.***

Como a veces nos ocurre: nos encerramos en nuestras zonas, en nuestros momentos de confort, de comodidad sin atender a las necesidades de los otros. Es una parálisis peligrosísima ***“que nos cuesta mucho descubrir. Me gusta llamarla la parálisis que nace cuando se confunde «felicidad» con un «sofá/canapé». Sí, creer que para ser feliz necesitamos un buen sofá. Un sofá que nos ayude a estar cómodos, tranquilos, bien seguros, que nos garantiza horas de tranquilidad para trasladarnos al mundo de los videojuegos y pasar horas frente a la computadora. Es probablemente la parálisis silenciosa que más nos puede perjudicar, que más puede arruinar a la juventud. Y, poco a poco, sin darnos cuenta, nos vamos quedando dormidos, nos vamos quedando embobados y atontados”.***

Seguro que ya estás haciendo tus propósitos junto a Jesús: no voy a dejarme adormecer por la comodidad, por el egoísmo. Seré más generosa con mis hermanos, con mis padres, los abuelos, con mis amigos... Y además en detalles concretos, en los que sabes que necesitan de ti.

Qué bonito es ver cómo el Papa nos proponía, para superar esta parálisis, un modelo maravilloso que durante este mes lo vamos a tener muy presente: nuestra Madre, la Virgen María y nos decía de Ella:

En la vida, muchas veces es difícil tomar decisiones y por eso tendemos a posponerlas; o incluso preferimos dejarnos arrastrar por los acontecimientos; a veces sabemos lo que deberíamos hacer, pero no tenemos valor, porque nos parece demasiado difícil ir contracorriente... María no tiene miedo de ir contracorriente: con el corazón firme en la escucha, decide, asumiendo todos los riesgos, pero no sola, sino con Dios.

Y, nos hacía mirar cómo actuó nuestra Madre con su prima Santa Isabel, cuando sabe que estaba esperando un hijo (San Juan Bautista) y decide ir a ayudarla:

María se puso en camino «de prisa...». A pesar de las dificultades y de las críticas que pudo recibir, no se demora, no vacila, sino que va, y va «de prisa», porque en ella está la fuerza de la Palabra de Dios. Y su actuar está lleno de caridad, lleno de amor: esta es la marca de Dios. María va a ver a Isabel, no para que le digan que es buena, sino para ayudarla, para ser útil, para servir. Y en este salir de su casa, de sí misma, por amor, se lleva lo más valioso que tiene: Jesús, el Hijo de Dios, el Señor.